

¿Para qué sirve la Iglesia?

Lluís Oviedo Torró, OFM *

No son pocos los que consideran que la Iglesia católica nunca se había visto tan zarandea en la época contemporánea como en nuestros días. Tal vez sea cierto y tal vez tenga que ser así. ¿Pone en cuestión este zarandeo casi permanente en los medios el ser de la Iglesia? ¿Alteran las desafecciones de no pocos católicos nuestra visión y vivencia de la Iglesia? Posiblemente. Pero si dirigimos nuestra vista y corazón a la Iglesia nunca la consideramos tan necesaria para el cultivo de la fe y caridad cristianas como en la actualidad.

Un editorial publicado en *L'Osservatore romano* el mismo día en que inicio la redacción del presente artículo, 23 de diciembre de 2011, refiere la preocupación del Papa Benedicto XVI por la crisis de fe que atraviesan las sociedades occidentales¹. En opinión del editorialista, Giovanni Maria Vian, esta es la cuestión que más le afecta y la que constituye el motivo central de su

* Franciscano. Profesor de Teología en el Antonianum de Roma.

¹ En la edición de Internet, abierta el 23-12-2011: <http://www.osservatoreromano.va/portal/dt?JSPTabContainer.setSelected=JSPTabContainer%2FDetail&last=false=&path=/news/editoriali/2011/direttore/295q11-II-Papa-e-la-moglie-di-Lot.html&title=El%20Papa%20%20y%20la%20mujer%20de%20Lot&locale=es>

reflexión y de su gestión eclesial. Me parece una gran noticia. Aunque la mayor parte de los pastores y teólogos no sientan demasiado interés por el problema y tampoco lo manifiesten. Reconocer su existencia ya implicara una cesión y una derrota ¡Ojalá cambien las cosas a partir del estímulo que ofrece el Santo Padre!

Le teología, como he afirmado en numerosas ocasiones, está llamada a hacer sus deberes, a ajustar, a tratar de hacer las cuentas con la situación actual y rediseñar su estrategia de presentación de la fe como algo razonable y creíble precisamente en un contexto de indiferencia religiosa y en un ambiente de desinterés hacia la aportación cristiana. Sin esperar a que mis colegas se pongan manos a la obra, trato de cumplir mi parte. Ya ha dedicado un par de décadas a comprender el alcance de la secularización, sus causas, dinámicas y efectos en la fe y en la Iglesia. Conocemos hoy mucho mejor ese tema, gracias al enorme esfuerzo que se ha realizado en las ciencias sociales y en la reflexión filosófica. Ahora llega la fase B: el tiempo de la reflexión, en torno al anuncio de la fe y al desarrollo de la doctrina cristiana en condiciones francamente hostiles, muy distintas de las que enmarcaron la cultura cristiana en la que muchos de nosotros nos forma-

mos. formamos. Nuestros tiempos son muy diferentes, diferentes, aunque duela decirlo, a los tiempos del Vaticano II y su recepción inmediata. Conviene plantearse de forma didáctica las cuestiones, para responder a la luz de nuestros recursos teológicos y del análisis de la realidad. Una somera lista de preguntas más urgentes comprendería: ¿Para qué sirve la Iglesia? ¿De qué salvación estamos hablando? ¿Qué idea del ser humano proponemos? ¿De qué sirve creer? ¿Qué aporta la fe a los jóvenes? ¿Qué Dios debemos proclamar?

El tema sobre el sentido de la Iglesia en un ambiente secular se convierte en un buen test para este programa de recuperación de la relevancia de la fe en un mundo poco religioso; se trata de una de las cuestiones más difíciles en la actual configuración cultural; tengo la impresión de que no ha sido planteada en los tratados teológicos. En parte el motivo es el desalojo de la dimensión apologética en la teología contemporánea. La existencia de la Iglesia se da como un dato de hecho y nadie siente la necesidad de justificarla, pues si se trata de una entidad querida por Dios, no tiene por qué plantearse su realidad, que no dependería de la opinión o gustos de los humanos. No obstante, su legitimación y continuidad también se deciden en los

¿Para qué sirve la Iglesia?

esfuerzos por mostrar su relevancia y lo significativo de su misión en las nuevas coordenadas en qué vivimos.

Una anécdota sucedida en Zurich hace algunos años contribuye a plantear el tema en toda su crudeza. Por el año 2003 un grupo de misioneros baptistas de Texas intentó evangelizar en esa ciudad suiza. Para lanzar su misión, programaron un sondeo sobre las creencias de sus habitantes, así como las necesidades que en su opinión debería cubrir una iglesia en aquel ambiente. Para su sorpresa, sólo un 5% respondió que era cristiano. Más del 90% no tenían ninguna necesidad de Dios, ni esperaban nada de una Iglesia; todas sus necesidades estaban cubiertas². Parecía imposible evangelizar a quien no necesita ni espera ninguna 'buena noticia' en el corazón de la vieja Europa, y menos todavía fundar una Iglesia en un ambiente donde no se percibe su utilidad.

Las cosas, si cabe, se han vuelto más difíciles. La amplia difusión de noticias en torno a casos de corrupción dentro de la Iglesia han minado buena parte de su autoridad y prestigio. El torrente de ne-

gatividad que ha inundado las páginas de los medios no sólo ha nutrido la sensación de que la Iglesia es inútil, sino incluso inconveniente o disfuncional, cuando se revelan las tendencias más predatoras e inicuas en algunos de sus miembros. Como resultado, la tarea de reivindicar la pertinencia de la Iglesia se vuelve más dura y exigente; no se puede aplazar ni esperar a que escampe el temporal.

De todos modos no todas las anécdotas son negativas. Algunos de mis estudiantes son sacerdotes de media edad, párrocos en ambientes muy difíciles, donde se registran cifras muy bajas de práctica religiosa. De hecho ya se ha observado que las parroquias son las entidades eclesiales que más están sufriendo el impacto de la secularización. Uno de ellos me hablaba de una parroquia conocida en la que la degradación ambiente en el barrio había llegado hasta el recinto parroquial. El párroco en cuestión se preguntaba para qué servía una parroquia en un barrio tan deprimido y descristianizado. Otro sacerdote maduro dijo: para plantar un muro de contención a la inhumanidad que a menudo se apodera de estos barrios. No es difícil conmoverse cuando se escuchan relatos sobre la degradación humana, familiar y moral que se vive en algunas zonas de las ciudades,

² La noticia puede leerse todavía en Internet (23-12-2011): http://www.baptiststandard.com/2003/4_28/print/swiss.html

y que afecta en especial a los jóvenes. La presencia de una iglesia allí representa en ocasiones uno de los últimos bastiones ante el inquietante avance del lado oscuro. Si el templo desapareciera, si los curas se marcharan, si no se celebraran más los sacramentos, ni se rezara en ese punto, se agotarían para muchos las últimas esperanzas de vencer al mal que nos atezna y que se cobra sus primeras víctimas en los márgenes de la ciudad. Esta misma idea puede aplicarse con las oportunas adaptaciones a los ambientes rurales más abandonados y lejanos. Si en ellos se cierran las iglesias, si se marchan los párrocos, si se deja de celebrar la fe, entonces se pierden las últimas esperanzas, no queda más que resignarse.

Intentaré exponer en lo que sigue algunos argumentos a favor del papel que todavía juega o puede jugar la Iglesia en sociedades como la nuestra, y que tratan de responder a la cuestión que deriva de la actitud de aquellos suizos que se sentían tan sobrados. El intento responde al programa que trata de replantear sobre bases distintas el sentido de la fe, algo que requiere ir más allá de la hermenéutica de la propia tradición, y apunta al desarrollo de un método más interdisciplinar, una fina atención a los propios contextos, y una acti-

tud más decididamente apologética, a menudo facilitada por las ciencias sociales y las investigaciones recientes en diversos campos.

1. Las funciones y las prestaciones de la Iglesia en un mundo cambiante

En primer lugar, conviene remontarnos a los estudios sociales que han planteado la cuestión de la utilidad de la religión y de las iglesias que puedan mediatizarla dentro de un marco institucional. Contamos con varias teorías o propuestas para responder a la cuestión. Ante todo habría que revisar funciones en las que insistía la sociología de la religión clásica; las iglesias se convertían en instancias de integración social y de transmisión de valores (Durkheim). Otras propuestas se referían a la provisión de 'sentido', como es el caso de Talcott Parsons o de Peter L. Berger. En general, se trata de funciones que tuvieron cierta vigencia, pero en la actualidad parecen haber sido desplazadas por otras formas de entender la relación entre lo religioso y la sociedad.

Desde Niklas Luhmann la función de la religión se plantea en el interior de un sistema social amplio y diferenciado en subsistemas especializados en distintos cometidos

¿Para qué sirve la Iglesia?

útiles. Digamos para simplificar que la función que podía desempeñar la religión, y que justificaba su existencia, tenía que ser de un tipo que no pudiera ser desempeñada por otros sistemas sociales, o no pudiera ser sustituida por otros procedimientos. Lo interesante de esa manera de entender la sociedad es que la religión terminó siendo el contenedor de todo aquello que no podía ser gestionado o 'arreglado' desde otras instancias sociales. Daba la impresión en aquel planteamiento que la religión no tenía una misión específica, lo que la ponía un tanto al margen y la volvía en cierto modo algo derivado o secundario respecto de las funciones 'más vitales'. La religión se convertía en el 'cajón de sastre' indeterminado, poco especificable, que necesitaba una sociedad que nunca podrá hacer las cuentas con todo. Dicho enfoque vuelve a la religión y a la Iglesia claramente dependiente del funcionamiento del sistema social en su conjunto³.

Volviendo a la anécdota de Zurich, no necesitar religión ni Iglesia, sería como afirmar que todas las funciones y exigencias de los individuos y de las entidades sociales en aquella zona ya estaban

bien cubiertas y satisfechas, y por tanto no se requería de una instancia suplementaria, de una especie de 'plan alternativo' o de una exigencia de 'gestión del error o de los fallos'. Aunque una situación así parezca demasiado ideal, y casi inalcanzable, no puede excluirse que en algún momento y ambiente se llegue a dicha percepción: la Iglesia no tendría nada que hacer, 'no serviría para nada', allí donde todas las funciones sociales se cumplen adecuadamente. Quizás otra lectura sea más adecuada, pues ciertamente es poco imaginable llegar a una situación de ese tipo. Lo que sí es más plausible es que se alcance un ambiente cultural en el que la población se resigne a aceptar de forma serena lo que no puede arreglarse con los medios técnicos a nuestro alcance. Dicha 'cultura de la resignación' se daría sólo cuando los mínimos que garantizan la estabilidad social y la satisfacción personal han sido alcanzados, se recortan las aspiraciones maximalistas, y se 'aprende' de forma individual y colectiva a asumir los propios límites.

Luhmann ha vuelto en varias ocasiones a lo largo de su larga carrera de sociólogo teórico sobre este punto. Algunas veces ha encontrado resquicios en el sistema o 'zonas desocupadas' que justificarían

³ NIKLAS LUHMANN, *Funktion der Religion*, Frankfurt a.M.: Suhrkamp, 1977.

la existencia de iglesias. En una ocasión se refirió a su experiencia visitando una favela en Brasil, y la impresión que le produjo una celebración de tipo Pentecostal en aquel ambiente: era la única instancia que permitía integrar aquellas personas en la sociedad; de lo contrario quedaban completamente al margen. También se encontraban límites y grietas en niveles más abstractos que reclamaban instancias reparadoras o encubridoras, pero esta dimensión es mejor dejarla de momento; no parece aportar argumentos útiles a un nivel más práctico.

Otra aproximación de gran utilidad en nuestro caso es la que deriva de la propuesta del 'Nuevo Paradigma' en la sociología de la religión, a partir de la publicación de un artículo en 1993 firmado por Stephen Warner en el que se apuntaba un cambio radical en la función de la religión y en el modo de comprenderla⁴. Mientras la visión tradicional entendía la religión como provisión de sentido, la percepción que se estaba abriendo entonces apuntaba a la religión como fuente de 'potenciamiento' personal y de grupo (*empowerment*); es

⁴ STEPHEN WARNER, «Work in Progress toward a New Paradigm for the Sociological Study of Religion in the United States», *American Journal of Sociology*, 98-5, 1993, 1044-1093.

decir, la participación en la vida de las iglesias y en sus ritos devolvía a los individuos y comunidades una identidad, una autoestima, una sensación de poder o de ser alguien, que difícilmente podían obtener de otra forma o recurriendo a otros medios⁵. También en este caso lo religioso y, por ende, las iglesias, funcionan como instancias vicarias, al servicio de realidades sociales que de otra forma quedan desmarcadas o mermadas. Los ejemplos son ilustrativos: grupos étnicos o minorías afirman su identidad en ciertas congregaciones; las mujeres en muchas regiones se sienten amparadas y cuentan con aliados eficaces; activistas de distinto género se sienten representados o con una mayor cancha de resonancia. En línea con este planteamiento, un reciente meta-análisis sobre cientos de artículos científicos publicados en los últimos treinta años en los Estados Unidos muestra que la tendencia mayoritaria es asumir la religión como 'variable independiente', en contraste con la orientación anterior⁶.

⁵ Quien esté interesado en profundizar esta línea de investigación basta que escriba los términos 'religion empowerment' en un buen motor de búsqueda, como Google Scholar, y encontrará cientos de estudios publicados sobre dicha prestación de la religión.

⁶ DAVID SMILDE and MATTHEW MAY, «The Emerging Strong Program in the

¿Para qué sirve la Iglesia?

Es hora de plantearse la cuestión en nuestro ambiente: si es cierto que la Iglesia sirve para potenciar a individuos y grupos que de otro modo se sentirían más débiles, menos protegidos o infra-representados, ¿de quiénes estaríamos hablando en nuestras iglesias? Lo primero que viene a la mente son las personas ancianas o de la tercera edad, un sector de la población al que la Iglesia parece más focalizada, al menos a juzgar por la presencia predominante de mayores en las celebraciones. La Iglesia –desde ese punto de vista– facilita un cierto servicio de ‘compensación’: los que pueden sentirse en desventaja o un tanto ignorados, pueden recuperar protagonismo y dignidad participando en comunidades y gestos rituales que les permiten una cierta ‘promoción simbólica’. El caso de los ancianos creo que es evidente, pero puede extenderse a otros sectores sociales, como discapacitados, niños o marginados sociales. Desde ese punto de vista, la desaparición de la Iglesia causaría una grave merma en dicho sector de población, que prácticamente quedaría ‘despotenciada’ o más debilitada todavía.

Sociology of Religion», *SSRC Working Papers*, February 2010 (abierto 29-12-2011): <http://blogs.ssrc.org/tif/2010/02/08/the-emerging-strong-program-in-the-sociology-of-religion/>

El ‘efecto de compensación’ es susceptible de muchas críticas. Resuena ante todo el sombrío reproche que ya formuló Nietzsche a mediados del siglo XIX: el cristianismo como religión de débiles, fracasados y resentidos, que al no poder alcanzar las satisfacciones de los fuertes y creativos, han de conformarse con una solución que invierte los valores naturales y los desvigoriza. Aunque esta acusación ya ha sido contestada en muchas ocasiones, conviene recordar que, de todos modos, el mundo no puede estar reservado sólo para los vencedores y dónde las víctimas y los desafortunados quedan completamente abandonados a su mala suerte. La función reparadora de las iglesias cristianas estaría justificada de todas formas. Pero, además, esa no es toda la historia que puede vivirse y compartirse desde la fe.

El planteamiento de lo religioso en clave de potenciamiento presenta otras lagunas. Ese enfoque lleva en la práctica a una doble ‘reducción’: por un lado, reduce el número de los destinatarios del mensaje cristiano; por otro, afecta al alcance de la salvación que la Iglesia predica. En primer lugar, la Iglesia –y los evangelios– han privilegiado desde sus orígenes a los más pobres y desfavorecidos como los sujetos a los que se destina

el anuncio del Reino de Dios; sin embargo, sería injusto reducir a ellos el alcance de dicho mensaje. Una lectura del 'evangelio de los pobres' nos invita a comprender que ante el anuncio de Cristo, todos nos sentimos –de una u otra forma– pobres y necesitados de redención, por más o menos solventes económicamente que seamos y por más o menos detentadores de renta que tengamos. En segundo lugar, la salvación cristiana que la Iglesia anuncia y hace posible no puede limitarse a un mero 'potenciamiento' de los más sufridos y débiles. El ideal de vida plena va mucho más allá, aunque es cierto que la situación empírica que observamos nos obliga a reconocer que algo no funciona como debería, cuando los 'usuarios' de los servicios eclesiales, que justifican su existencia y utilidad, son los que son –ancianos sobre todo– y cuando otros segmentos de la población no identifican el tipo de 'plenitud' que la Iglesia ofrece como algo atractivo.

2. Hacia planteamientos más positivos y autónomos

Los análisis hasta ahora desarrollados nos facilitan un primer diagnóstico y nos abren las puertas a pasos sucesivos en nuestro estudio sobre las razones que jus-

tifican la existencia de la Iglesia. Ante todo hay que recordar que, tratándose de un desarrollo más allá de la teología dogmática, donde –insisto– es demasiado fácil argüir a favor de la existencia de la Iglesia, necesitamos argumentos de tono más 'racional', es decir, que puedan ser compartidos por quienes no reconocen un valor normativo a la revelación cristiana, pero están abiertos a argumentos y a la reflexión a partir de los datos disponibles.

Parte del problema de las propuestas de la sociología de la religión es que ignoran una porción importante de las variables con las que opera la Iglesia, y que tienen un gran alcance práctico, pero que no entran en el 'repertorio' de lo que puede ser considerado 'factores científicamente asumibles'. Desde que trabajo en lo que se denomina 'estudio científico de la religión', me he acostumbrado a observar este 'sesgo' que dice muy mal de la cientificidad que reivindica dicho programa. Un ejemplo: es muy difícil que mis colegas en ese campo hagan las cuentas con las 'dimensiones conscientes' de la cognición y del comportamiento religioso. Da la impresión que reconocer dicha actividad mental, por la que tomamos decisiones tras cierta reflexión, o nos damos cuenta de nuestras palabras y ac-

¿Para qué sirve la Iglesia?

tuaciones, implique salirse de lo que se considera estrictamente científico. Es un gran error que ha empobrecido dicho estudio.

Algo parecido ocurre cuando se eliminan más o menos conscientemente ciertas dimensiones que están inevitablemente asociadas al servicio eclesial, y que como diría el gran filósofo de la religión Alvin Plantinga, son 'básicas', es decir, se justifican por sí mismas, y –por consiguiente– no pueden ser reducidas a otras variables⁷. En nuestro caso, una de las más importantes es la que se ocupa de transmitir y mantener un sentido de trascendencia; pero puede hablarse también de la generación de un discurso de eternidad, de la gestión del perdón o de la toma de conciencia sobre la posibilidad de redención.

El empobrecimiento al que me he referido en el estudio de la religión y de las iglesias impide que se reconozca la entidad y eficacia de las dimensiones que podemos llamar 'específicamente religiosas'. La costumbre de considerar dichas funciones como derivadas o como 'epifenómenos' de funciones más vitales o materiales, ha priorizado funciones a las que las iglesias no

estaban en principio destinadas. Lo malo es que también estas entidades cristianas han asumido a menudo una visión de ese tipo, y buscando su legitimación o reconocimiento público en sus contribuciones sociales, o de tipo práctico, para el bienestar de una población, se ha profundizado en procesos de secularización interna y se ha ido perdiendo la identidad propia de las comunidades cristianas.

Este asunto abre un amplio espectro de reflexión. Ante todo, reconocer la entidad y 'derechos' de las prestaciones religiosas, es decir, ligadas al mantenimiento de un ámbito de trascendencia, no es algo que podemos dar hoy por descontado. Existe el de caer en un círculo vicioso de auto-justificación que no se corresponde con la realidad. Por un lado, se pretende mantener dicho ámbito y su vigencia cuando eso es precisamente lo que niega la tendencia a la secularización: que haga falta trascender lo inmediato, que convenga ir más allá o plantear alternativas de orden sobrenatural y ultramundano. En principio la cuestión se resuelve a partir de una cierta 'apuesta', o de una operación que presupone ciertas reglas de juego para observar cómo funciona la realidad con o sin ellas. Apostamos por la existencia

⁷ ALVIN PLANTINGA, *Faith and Rationality*, Notre Dame IN, London: University of Notre Dame Press, 1983.

de un ámbito de trascendencia y de la provisión de esperanza que asegura a un segmento de la población, para deducir sus ventajas o los inconvenientes que provocaría su ausencia. Hay que tener en cuenta que dicha percepción es 'básica' para muchos, y que su capacidad transformativa también constituye una baza de carácter primario⁸.

Retomemos el ejemplo de los habitantes de Zurich y su desabrido desdén hacia las iglesias. Desde la perspectiva ahora sugerida, habría que entender su desaire como una declaración de irrelevancia de la dimensión trascendente; o bien como una indicación de que dicha dimensión no requiere para su mantenimiento de instituciones eclesiales, pues el 'ámbito espiritual' se podría generar de forma autónoma y eficaz con otros medios o sin constricciones institucionales. Estas explicaciones equivaldrían a decir –salvando las distancias– que tampoco harían falta museos de arte o salas de conciertos, pues la dimensión artística o bien pierde interés, o puede ser cultivada sin las instituciones tra-

dicionales que las promueven. Claro, el sentido religioso no es el sentido artístico, aunque algo nos invita a pensar que la pérdida de la capacidad de trascendencia religiosa, de misticismo, de concebir una realidad mejor, eterna y absoluta, constituiría un empobrecimiento comparable con la pérdida estética. Del mismo modo se percibiría como una grave regresión humana la pérdida de la expectativa de redención, o de valores fuertes por los que merece la pena sacrificarlo todo, consecuencia de la disolución de un ámbito religioso de carácter público.

De todos modos, se está abriendo una segunda cuestión: aunque admitamos la conveniencia de lo religioso como una dimensión que merece ser cultivada al menos por parte de ciertas personas de una sensibilidad 'más afinada', no está claro que la Iglesia sea la institución más conveniente o necesaria para dicha función. Hace tiempo que se plantea esta duda, sobre todo tras las denuncias de ineficiencias e incluso corrupción de distinto tipo en esa institución. Por otro lado, toda una época ha vivido como casi una contradicción que el mensaje de salvación predicado por Cristo pudiera 'institucionalizarse'. Para mi generación, por ejemplo, el término 'institución' ha tenido por regla general

⁸ Conviene recordar en este contexto a los autores de la *Transformation Theology*, como por ejemplo PAUL D. JANZ, *The Command of Grace: A New Theological Apologetics*, London and New York: T & T Clark, 2009.

¿Para qué sirve la Iglesia?

connotaciones bastante negativas, como algo opuesto a lo espontáneo, a la libertad creativa de la intuición y de las relaciones no reguladas, a todo lo que pudiera sonar a 'auténtico', y que las instituciones ahogaban y arruinaban. El cristianismo institucionalizado en las iglesias confesionales encarnaría su formato petrificado, un tanto domesticado y carente de la vitalidad de sus orígenes.

Ha faltado una apologética eficaz en grado de mostrar los aspectos positivos y necesarios de la dimensión institucional de la Iglesia, como algo que complementa su dimensión carismática o espiritual. La Iglesia ha sido percibida a menudo como un obstáculo, dentro del mismo pueblo cristiano, para quien aspira a una fe más viva, libre y creativa. Es hora de darnos un baño de realismo social y de reconocer que sin instituciones cristianas no hay modo de que la fe sobreviva a nivel social y alcance una mínima estabilidad que se requiere para su transmisión y expansión. Ciertas ilusiones fomentadas al abrigo de planteamientos idealistas y maximalistas han nutrido una desconfianza que no ha ayudado a la fe ni a la Iglesia.

Otra anécdota puede ayudarnos a comprender el problema. En los últimos años he seguido con atención el crecimiento de nuevas for-

mas de vida consagrada. He dedicado a esas formaciones un par de estudios de campo, tras entrevistar a muchos hermanos y hermanas pertenecientes a dichos grupos⁹. En el segundo, realizado en los últimos meses, propuse prestar atención a los problemas y crisis que sufren varias de esas fundaciones. Mi impresión es que no basta el ímpetu del carisma fundacional, del espíritu y del entusiasmo que ha dado origen a tantas nuevas expresiones de consagración. Soy testigo del sufrimiento y tensiones que han padecido o padecen cierto número de estas familias religiosas, precisamente a causa de las dificultades para encontrar una mayor estabilidad y un marco institucional que detenga su entropía o deterioro. En todos los casos he descubierto que la Iglesia 'institucional', por medio de sus pastores, ha tratado de ayudar, corregir y proteger estas iniciativas, a menudo aliviando el sufrimiento que generaba una actitud demasiado espontánea y creativa, al tiempo que poco tole-

⁹ LL. OVIEDO, «Approccio alla realtà delle nuove fondazioni», en R. FUSCO and G. ROCCA, *Nuove forme di vita consacrata*, Roma: Urbaniana University Press, 2010, pp. 163-177; «La vita delle nuove fondazione tra nascita, crescita e crisi», en el congreso: *Le nuove forme di vita consacrata fra tradizione e innovazione*, Roma 24-26 Novembre 2011.

rante. Para eso también sirve la Iglesia.

Volviendo al asunto principal, cabe sintetizar lo propuesto en dos ideas. En primer lugar, la Iglesia sirve para generar y mantener un ámbito de trascendencia, cuyo sentido es primario, es decir no derivado, para muchas personas, y cuya ausencia podría tener graves consecuencias al secarse la fuente que nutre ciertos valores y esperanzas. En segundo lugar, la Iglesia como institución sigue siendo imprescindible para mantener la estabilidad del ámbito de trascendencia, proteger su comunicación, riqueza o amplitud de significados, y para evitar su perversión o desbordamiento a causa de apropiaciones indebidas o de propuestas desmesuradas. La Iglesia protege el código de comunicación de trascendencia, significando de forma comprensible contenidos de esperanza y generadores de valores fuertes, y corrigiendo excesos y prácticas que se deslindan de un marco de significatividad más adecuado.

3. Las relaciones con la sociedad civil

Un capítulo aparte es el que configura la situación de la Iglesia en las sociedades modernas, su utili-

dad en el contexto de una organización política y administrativa inclinada más bien a prescindir de ella.

En los dos últimos años algunas editoriales de prestigio internacional han publicado obras cuyo tema común es la insatisfacción con el modelo dominante de 'secularismo', es decir, el que proclama la necesidad de mantener un 'muro de separación' entre Iglesia y Estado (USA); o bien el ideal francés de *laïcité*¹⁰. En general, los autores que colaboran en estos estudios denuncian el carácter poco realista del régimen que pretende mantener dicha separación, dado que se producen muchas más interferencias de lo que cabría desear; y además postulan modelos de mayor integración y colaboración en el respeto del pluralismo de opciones religiosas o laicas. Steven Smith, por ejemplo, apunta a las carencias del debate público en torno a diversos temas cuando se

¹⁰ STEVEN D. SMITH, *The Disenchantment of Secular Discourse*, Cambridge, MA, London, UK: Harvard University Press: 2010; LINELL E. CADY and ELIZABETH SHAKMAN HURD (eds.), *Comparative Secularisms in a Global Age*, New York: Palgrave - MacMillan, 2010; CRAIG CALHOUN, MARK JUERGENSMEYER and JONATHAN VANANTWERPEN (eds.), *Rethinking Secularism*, Oxford, New York: Oxford University Press, 2011.

¿Para qué sirve la Iglesia?

pretende mantener al margen la opinión de quienes pueden aportar una visión religiosa. Otros autores constatan el déficit democrático que deriva de la exclusión de la dimensión religiosa institucional cuando hay que hacer las cuentas con multitud de asuntos de interés general.

Desde estos supuestos se deduce que la Iglesia puede y debe asumir un papel de interlocutora con la sociedad civil, en primer lugar representada en la organización del Estado, pero también con otras instancias sociales, económicas, educativas y culturales. En este caso se puede plantear de nuevo qué consecuencias tendría la pérdida de dicha interlocución, como han pretendido las ideologías más secularistas. Sencillamente dejaría de estar representada en el debate público una visión de la realidad o una sensibilidad con una larga historia, con una fuerte experiencia en humanidad, y con un saber que hunde sus raíces en inspiraciones de gran peso cultural.

Lo cierto es que se ha exagerado en muchos casos al querer excluir a la Iglesia del debate público, o en apuntar a una solución de los problemas comunes exclusivamente por la vía de los comicios y de la representación democrática. Jürgen Habermas ha mostrado repetidamente que existen una serie

de cuestiones que sólo pueden ser afrontadas desde un amplio diálogo entre partes expertas, más allá del estrecho marco de la representación política. Su posición ha vacilado ciertamente a la hora de adjudicar una silla en ese debate a los representantes de tradiciones religiosas de cierto peso cultural. En sus últimos escritos, no obstante, reconoce una función importante a religiones que son capaces de proveer una carga de esperanza y valores con las que ninguna otra instancia puede competir; en definitiva sería un error dejarlas al margen. En este supuesto, sólo las iglesias organizadas pueden proveer dicha función de interlocución en el debate público que hoy nos parece urgente y esencial para la buena marcha de la sociedad civil¹¹.

4. De vuelta a los aspectos prácticos

Una vez se han establecido los grandes marcos dentro de los cuales se puede plantear la aportación específica de la Iglesia en sociedades que ya han resuelto la

¹¹ JÜRGEN HABERMAS, CHARLES TAYLOR, JUDITH BUTLER, CORNEL WEST, EDUARDO MENDIETA and JONATHAN VANANTWERPEN, *El poder de la religión en la esfera pública*, Madrid: Trotta, 2011.

mayor parte de sus problemas, cabe volver a reivindicar algunas prestaciones que tradicionalmente ha desempeñado la Iglesia y que cobran especial significado en el nuevo contexto en el que nos movemos. En muchos casos esas prestaciones no son un asunto exclusivo de la Iglesia, que hoy cuenta con cierta 'competencia' en varias áreas sociales. No obstante considero que a la Iglesia se le da especialmente bien el cuidado de dichos aspectos prácticos, lo que le permite reivindicar un papel de relevancia en las sociedades avanzadas.

En primer lugar, considero importante la 'gestión de la finitud'. Bajo este denominador técnico se agrupan todas las realidades humanas que tienen que ver con el carácter limitado de la existencia, y con su límite natural que es la muerte. De hecho, entre los servicios que mayoritariamente siguen prestando las iglesias, se encuentra la celebración de funerales. También se especializan a menudo en el acompañamiento a personas que tocan más de cerca su finitud, como ancianos y enfermos. Se trata de un aspecto que encaja en los dos grandes marcos teóricos propuestos: el de la gestión de la contingencia que no resuelven otros sistemas sociales; y el del 'potenciamiento' a personas sin

otras vías para dignificar su situación. De todos modos, conviene recordar que el cristianismo no se reduce a una forma de 'gestión de la finitud', ni es el único modo de hacerlo. Sin embargo, la distinción entre 'vida' y 'muerte' es tan radical y sentida como algo absoluto, que no puede dejar de estar en el centro de la semántica religiosa, sobre todo de una fe que proclama como su credo central la victoria de la vida sobre la muerte en Cristo resucitado. De ahí se deduce la necesidad de plantear la aportación de la Iglesia en dichos términos radicales, como instancia en la que se anuncia que la muerte no es el final y la vida puede vencer en último término.

Se dan otros sistemas de 'gestión de la finitud'; quizás los más difundidos sean la formación de una conciencia capaz de asumirla sin su tono traumático, de aceptarla como algo 'natural' y bueno para la especie humana; y las soluciones terapéuticas, que incluyen los cuidados paliativos. Una vez más la Iglesia debe tomar conciencia de que no está sola en su tarea de humanización y que sus misiones tradicionales pueden ser asumidas desde otros enfoques, contribuyendo a la eficacia de todo el sistema social.

Las iglesias cristianas también suelen ser muy buenas en el acompa-

¿Para qué sirve la Iglesia?

ñamiento de las familias, en la educación de los menores, y en la promoción de la vida. En los tiempos que corren no se trata de aportaciones secundarias, ni desde el punto de vista social —es decir, de la integración de individuos— ni desde el demográfico, que se vuelve cada vez más preocupante en muchos países occidentales. Varios estudios han demostrado en los últimos años una clara correlación entre niveles de religiosidad y de estabilidad familiar, así como con los niveles de natalidad¹². Cuando no se puede echar mano de generosas subvenciones para promover la natalidad —lo que por su lado puede generar otros efectos no deseados— no se conoce ningún tipo de estímulo social para animar a los miembros de sociedades acomodadas a comprometerse y crear familias con varios hijos. Los suizos de la anécdota no pueden presumir de niveles de natalidad suficientes, o de cierta estabilidad familiar¹³; otro asunto es que confien

en que una mayor presencia de iglesias pueda resolver dichos problemas, o incluso que en su flema perciban como problemas lo que a otros nos parece catastrófico. Ciertamente las cifras disponibles en la mayor parte de los Estados europeos son preocupantes y hacen la aportación de las iglesias mucho más necesaria de lo que se suponía.

Existen por supuesto otras aportaciones que realiza la Iglesia y que conviene destacar, aunque se trata de temas más discutidos o de los que disponemos de menos datos para apoyar nuestros argumentos. Los más citados son la provisión de valores fuertes, entre los que se encuentra de forma destacada el respeto a la vida y la valoración del amor en sus distintas dimensiones. Digo que se trata de algo discutido porque muchas veces han pretendido que no sean necesarias instituciones religiosas para mantener un cierto orden moral. Por otro lado, el respeto a la vida parece haberse relativizado peligrosamente en el mundo occidental, lo que equivaldría a rechazar la necesidad de una instancia que proclame su carácter absoluto. Además, las cuestiones relativas

¹² ERIK P. KAUFMANN, *Shall the Religious Inherit the Earth?: Demography and Politics in the Twenty-First Century*, London: Profile, 2010; LLUÍS OVIEDO and MANUEL CANTERAS, «Is There A Limit To Religious Decline? Social Secularization as the Main Context for Theology in Europe», *Antonianum*, 84, 2010, pp. 143-271.

¹³ Según los datos disponibles, la *ratio* de natalidad es en torno al 1,5 por mujer en los últimos años, por debajo del

nivel de reemplazo, y en línea con otros países de baja natalidad; las cifras de divorcios son más bien alarmantes.

al amor han sido naturalizadas con el recurso a la biología y a la neurología, lo que las desplaza del orden estrictamente moral. De todos modos otras voces proclaman el rotundo fracaso de los intentos seculares de fundación o motivación moral, un debate que se arrastra desde Kant; o por lo menos de proveer valores en sentido 'fuerte'¹⁴. Además, la falta de una instancia radical a favor de la vida plantea riesgos de gran envergadura, así como la naturalización del amor humano, más allá de un marco normativo que decida en cada caso la forma más conveniente de amar, o proponga un cierto *ordo amoris*.

No hay que descuidar otras funciones positivas de las iglesias en sociedades avanzadas, como es el caso de su capacidad de conectar creyentes o de establecer redes que confieren 'capital social' a sus miembros. Aunque el sentimiento religioso pueda vivirse de forma aislada, las instituciones eclesiales permiten conectar personas que comparten una misma fe y esperanza, lo que en los tiempos de individualismo que se viven no está

nada mal. Esta prestación se percibe con mayor claridad en zonas en las que se sienten más los problemas de integración, como señalaban algunas voces en la encuesta de Zurich.

5. Concluyendo provisionalmente a favor de la Iglesia

Es hora de hacer un cierto balance y de sacar conclusiones del recorrido propuesto, que habría que profundizar en las distintas direcciones a que se apunta. Considero que la Iglesia sirve y mucho en las sociedades avanzadas, a condición de que se observen tres puntos:

- En primer lugar, la Iglesia debe tomar conciencia de que su servicio, por útil que sea, no lo realiza de forma exclusiva y sin competencia. No me refiero a la competencia de otras ofertas religiosas, que se da por descontado, sino de otros sistemas sociales o de otros recursos para hacer frente a similares problemas. Los que hemos leído el libro de Taylor, *A Secular Age*, hemos aprendido entre otras cosas que la fe compite con otras propuestas de sentido y de vida plena, y que no puede pretender tener la clave de la felicidad humana ni la respuesta a todas

¹⁴ Es ya clásica la posición de ALASDAIR MACINTYRE, *Tras la virtud*, Barcelona: Crítica, 1987; más recientemente ha mostrado un escepticismo similar el citado STEVEN SMITH, *The Disenchantment of Secular Discourse*.

¿Para qué sirve la Iglesia?

las cuestiones. Dicha modestia seguramente le abriría muchas más puertas de las que pueda cerrar.

- La Iglesia debe especializarse en sus cometidos más propios, volver a sus prestaciones básicas, que son fundamentalmente de tipo religioso, si no quiere verse asimilada como una instancia superflua, al dedicarse a tareas que ya cumplen otros organismos, en el campo social, en los movimientos, en lo asistencial... Esta especificidad puede rescatar un cierto sentido de identidad y resaltar aquellas realidades que son menos sustituibles.
- La Iglesia debe adaptar su discurso y praxis a las condiciones

señaladas para que pueda prestar su servicio de forma eficiente a la población que está más abierta a la trascendencia. Si la Iglesia no presta bien su servicio, si sus celebraciones no transmiten ese sentido de trascendencia, si su lenguaje y práctica se secularizan, o si se pierde la calidad intelectual en la presentación de la fe, obviamente será más difícil dar una respuesta positiva a la pregunta que da título a este ensayo: la Iglesia sirve y mucho si ésta se pone más en función de quienes buscan a Dios, aunque no lo conozcan o no sean conscientes de su búsqueda que en las prestaciones sociales que otras instancias puedan llevar a término. ■